

LOS ACTORES DE LA REVUELTA: ANARQUISTAS,
SOCIALISTAS Y REPUBLICANOS
ANTES, EN Y DESPUÉS DE LA SEMANA TRÁGICA

NAZARIO GONZÁLEZ

Mi aportación a este Congreso pretende fijar la atención en los actores de la revuelta, más concretamente en aquellos veinticinco mil barceloneses sobre el conjunto de una ciudad de aproximadamente medio millón de habitantes que a lo largo de una semana se enfrentaron a las autoridades militares y civiles, ocuparon sectores de la ciudad mediante el sistema de barricadas e hicieron desaparecer de su paisaje urbano, 23 conventos, 17 iglesias Y 12 escuelas. ¿Quiénes eran? ¿De donde provenían? ¿Cómo actuaron? ¿Qué fue de ellos después de la Semana Trágica?

Nos situamos, por tanto, en el extremo opuesto de fijar quiénes fueron los responsables últimos de los hechos, en su doble versión, la más tratada, la de la mano larga de Francisco Ferrer o la menos abordada, la de burguesía, tradicional, aliada convencional de la Iglesia, pero que en el caso de la burguesía barcelonesa se quitó el disfraz, al asistir no sólo pasiva sino complacidamente a los actos de destrucción que se estaban llevando a cabo sobre el patrimonio religioso de su ciudad.

Recojamos estos dos testimonios.

Josep Pijoan escribe a Joan Maragall el sábado 31 de julio: «El martes por la tarde cuando dio comienzo el incendio de las Iglesias

toda Barcelona estaba subida a la terrazas de sus casas para contemplar el fuego». Observación que coincide, incluso acentuando el matiz de complacencia, con la que nos ofrece Amadeo Hurtado: «La gente se echa en masa a la calle (el 30 viernes) con aire de paseo para contemplar las ruinas de los incendios con la mala conciencia propia de quien contempla un espectáculo gratuito».¹ Y Joan Maragall se puede constituir en testigo de cargo de esta situación con aquella reflexión de su *La ciutat del perdó*: «Volien aterrar per odi aquesta mateixa ciutat que nosaltres els deixàrem abandonada per egoisme». Lo que equivale a decir: ellos solos no lo hubieran hecho. Fueron sólo actores primarios. Excusamos nuestra presencia quienes más debiéramos haber salvaguardado nuestras iglesias y escuelas.

Concretado así nuestro objetivo puede ser válido para iniciar la fijación de esos presuntos actores inmediatos de los hechos, acudir al método de la sospecha; esto es, a rastrear el período que transcurre entre setiembre de 1868 y el verano de 1909 y detectar a los que intentaron romper una y otra vez sus reglas de juego constitucionales, establecidas por las tres cartas magnas, la de 5 de junio de 1869, la de 17 de julio de 1873 y la de 30 de junio de 1876, todo lo imperfectas y transitorias que queramos, pero que en cuanto tales vertebraban políticamente cada una el espacio de tiempo en el que estaban vigentes.

Y al llevar a cabo este ejercicio retrospectivo nos viene enseguida a la memoria la revuelta republicana de setiembre de 1869, la colaboración de los anarquistas en el cantonalismo extremo promovido por los federales en el otoño de 1873 («Los antiautoritarios tuvieron por táctica secundar a los federalistas para descentralizar» señala M. Nettelau).² Seguidamente, los atentados anarquistas de Andalucía en los años ochenta y en Barcelona en los años noventa. Los intentos para implantar la República promovidos desde el exterior por F. Ruiz Zorrilla, en 1883, 1884...1886; el mito de la huelga general como acto plenamente revolucionario que a partir de 1900 atrae a unos socialistas en sí menos proclives a la acción directa pero que ya habían roto sus hostilidades con el gobierno desde las primeras huelgas de la Asociación General del Arte de Imprimir de 1874 y del recién nacido

1. BENET, J. : *Maragall y la Semana Trágica*, p. 63; HURTADO, A.: *Quaranta anys d'advocat*, p.159.

2. NETTLAU, M.: *La Première Internationale en Espagne (1868-1888)*, p. 188.

partido socialista en 1882 que llevará a prisión a Pablo Iglesias y a Antonio García Quejido.³

Anarquistas, republicanos, socialistas, son los nombres que se nos han vuelto a repetir. Tenían que ser ellos en primera instancia, quienes promovieran los actos de violencia que tuvieron lugar en Barcelona en la última semana de julio de 1909. Los señalaba con el dedo la historia. Con la diferencia de que hasta entonces habían actuado de forma dispersa y en fechas y escenarios diferentes. Mientras que ahora iban a actuar juntos, en un período corto de tiempo y en un espacio muy delimitado, Barcelona ciudad, con sus ocho kilómetros de largo y doce de ancho, no más.

Una vez delimitados los por el momento presuntos actores de la revuelta se nos hace indispensable, aun a riesgo de incidir en temas conocidos, describir quiénes son y más particularmente de dónde vienen y en qué momento de su evolución se encontraban en los días precisos de la Semana Trágica.

LOS ANARQUISTAS

Los anarquistas traían su origen de la conjunción de tres factores: una cierta base estructural proclive al anarquismo, aquí lo del individualismo hispano (el sistema de guerrillas, la categoría de héroes, literarios es cierto, concedido a los protagonistas de la novela picaresca...) que resulta clave para explicarnos la facilidad con que se implantó y el arraigo que alcanzó, en términos que no admiten comparación con otros países, incluso en aquellos que vivían una situación económica similar, como Italia o Rusia (dejamos así a un lado el caso de Suiza, por ejemplo).⁴ En segundo lugar, el suelo especial-

3. MARTÍNEZ DE SAS, M.T.: *El socialismo y la España oficial*, p. 87, con especial referencia a las huelgas de 1906, singularmente en Bilbao.

4. Sobre las raíces ancestrales del anarquismo en España me ocupé en la introducción a un *Paper* redactado para los alumnos de la UB (1970) con motivo de un curso sobre Historia de los Movimientos Sociales en la Historia de España Contemporánea, impartido ese mismo año. Han insistido en esta línea de interpretación, Federico Urales: «La gran difusión del anarquismo en nuestro país radica en el espíritu individual y rebelde que florece en los filósofos árabes cordobeses, en los místicos, en los artistas y en los grandes capitanes y descubridores». Cit. en Juan Díez DEL MORAL: *Historia de las agitaciones andaluzas*, p. 99. Desde otro punto de vista, también, C. L. LIDA en *Anarquismo y Revolución en la España del siglo XIX*, p. 258.

mente propicio que esta predisposición atávica encontró en el horizonte de libertad de acción y asociación que abrió la revolución de Setiembre de 1868 y en tercero y último, la penetración en España del ideario anarquista de M. Bakunin, con su denominación propia «Alianza de la Democracia Socialista» que, camuflada bajo el ropaje oficial de la «Primera Internacional», fundada por Marx en 1864, llegó a España por obra de Giuseppe Fanelli en noviembre de 1869.

Señal clara de que el anarquismo había encontrado en España su terreno natural fue la rapidez con que creció. Al primer congreso que celebró en Barcelona en setiembre de 1870, acudieron noventa delegados que representaban a cuarenta mil obreros.⁵ Pero esta pujanza interna que parecía destinada a durar se vio contrarrestada por dos factores de raíz distinta aunque convergentes en sus resultados: *a*) Las dos prohibiciones gubernamentales que cayeron sobre ellos, la de 17 de enero de 1872 durante el gobierno de Sagasta y la de 4 de enero de 1874 con el general Serrano en el poder, que les obligaron a replegarse en pequeñas formaciones autónomas, faltas por principio de una autoridad superior e intérprete cada una según su albedrío de un fin tan ambicioso como el de destruir el Estado, y *b*) la división interna que produjo en el anarquismo bakuniniano, la nueva versión de P. Kropotkin y su principio de «la propaganda por el hecho» por el que el ciudadano, miembro no más de ese Estado, se convertía en objeto inmediato de su lucha. «Su eliminación simbolizaba la eliminación del Estado».⁶

En España esta línea desviada del anarquismo original encontró su campo abonado en la Andalucía agraria, con sus promociones arcaicas de campesinos analfabetos, dispersos en grandes unidades latifundistas que dificultaban su asociación y víctimas de una coyuntura especialmente depresiva como la vivida en España en los años ochenta del siglo XIX, que les condenaba a una situación límite de supervivencia

Tal situación hubo de derivar en una cadena de atentados personales que si en un primer momento encontraron la oposición de los anarquistas catalanes, imbuidos del ideario de Bakunin-Fanelli, terminaron por contagiarles hasta dar pie a la cadena a su vez de atentados de los años noventa en Barcelona: Fomento del Trabajo Nacional

5. ABAD DE SANTILLÁN, D.: *Historia del Movimiento Obrero España*, p. 118.

6. JOLL, J.: *Los Anarquistas*, p. 118.

(1890), Martínez Campos y Liceo (1893), Cambios Nuevos (1896), que condujeron a la represión incontrolada del Gobierno y más concretamente a los procesos de Montjuïc de 1896-1897.

La suma de este doble factor reductor hizo que el anarquismo español al iniciarse el siglo xx se encontrase en sus horas más bajas de militancia organizada, pero dispuesto a no desaparecer. Era el momento de hacer valer sus raíces profundas; y el anarquismo español cumplió.

En 1900 nace en Barcelona una Unión de Asociaciones Obreras, basada en unas reivindicaciones en cuestión de salarios y en la agrupación de los distintos sectores de producción por ramos. Iniciativa modesta, pero que recibe el influjo de la corriente sindical que en estos primeros años de siglo recorría Europa –Amsterdam 1904, Amiens 1906– y que hará que el 3 de octubre de 1907 se dé el paso para convertir aquellas tímidas sociedades obreras de 1900 en una llamada Solidaridad Obrera, restringida primero a Barcelona ciudad pero que un año después, en setiembre de 1908, ampliará su radio de acción a toda Cataluña. Se había salvado in extremis aquel anarquismo original de 1869. «Se asentaron pronto las ideas de Amiens porque eran propias», sentencia Gómez Casas, queriendo hacer valer la continuidad entre el primer anarquismo bakuniano del último tercio del xix y el nuevo anarcosindicalismo de comienzos del siglo xx.⁷

Pero Solidaridad Obrera de 1908 ocultaba un problema interno. Nacía en sí como última tabla de salvación del movimiento obrero dominante en España, el anarquismo, pero a ella se asieron también elementos de un socialismo débil de efectivos como veremos enseñada y el joven republicanismo radical dispuesto a poner su nido allí donde encontrara el más mínimo hueco. De ahí que Solidaridad Obrera corriera el peligro de convertirse en una formación falta de unidad. Era indispensable realizar una labor de poda y el destinado a llevarla a cabo había de ser naturalmente el anarquismo, su promotor. Pero esta depuración no se había logrado aún en julio de 1909. De ahí esa confusión en la adscripción a uno u otro grupo de los elementos que actúan en la Semana Trágica, como es el caso de aquella Juana Ardiaca que se nos presentará como miembro de las «Damas Radicales» no sin confesar que se había pasado del anarquismo al partido radical porque le cubrían el seguro de enfermedad o el de Enrique Pujol y

7. GÓMEZ CASAS, J. *Historia del anarcosindicalismo español*, pp. 75-76.

Ramón Humedes que en la tarde del martes acaudillaron a los tres mil manifestantes que trataron de convencer a los ediles del Ayuntamiento para que apoyasen el giro revolucionario de la huelga, a los que se les defiende como «exanarquistas que se habían pasado al partido radical», ambigüedad que se hace más flagrante en Antonio Fabra Ribas, personaje situado en las altas esferas del Partido Socialista y que al arrimo de Solidaridad Obrera llegará a afirmar «ser más anarquista que socialista».⁸

Sólo nos resta decir aquí, para no perder el hilo de los acontecimientos, que transcurridos los sucesos de la Semana Trágica, el anarquismo sacará a Solidaridad Obrera de esta ambigüedad por obra de sus dos Congresos, el de octubre de 1910 por el que se funda la CNT, y el de setiembre de 1911 que, como matiza J. Peirats, numerará como el primer congreso de una CNT ya constituida. En ellos Solidaridad Obrera quedará como una organización puramente anarquista.⁹

LOS SOCIALISTAS

Vengamos al segundo grupo que actúa en la Semana Trágica, los socialistas. Habían nacido en 1872 como una rama desgajada del árbol primero del anarquismo español. Pero no se trataba de un mero cisma ocasional. La escisión que lleva a cabo la «Federación Madrileña», de la «Federación Regional Española», así se denominaba a la sección de la Primera Internacional establecida en nuestro país, escondía realidades más profundas.

Por una parte, la de marcar la dualidad entre la Barcelona industrial en la que había arraigado, no sin algunas indecisiones, como en su lugar natural el primer anarquismo, y el Madrid burócrata y de entorno agrario (todavía no se había pronunciado aquello de «capital de la Mancha») pero en todo caso ajeno al talante fabril de Cataluña; y en segundo lugar, la de salvar al socialismo científico de Marx, primer artífice y columna básica de la Primera Internacional de 1864, del riesgo de quedar ahogado en nuestro país por un mensaje anarquista «cubrelotodo» y sin derecho a réplica.

Lo demás es historia fáctica. Como que la corriente marxista se

8. ULLMAN, J.C.: *La Semana Trágica*. Ediciones B (2009), p. 494.

9. PEIRATS, J.: *La CNT y la Revolución Española*, t. I, p. 25.

infiltrase con la llegada a España de Paul Lafargue en noviembre de 1870 o el incidente de los artículos de *La Emancipación*, o que los primeros marxistas de la Federación Madrileña se relacionaran pronto por razones coyunturales –aquellas primeras huelgas de los tipógrafos en 1874 y 1882 a las que ya aludimos– que obligaron a José Mesa, el fiel colaborador de Pablo Iglesias, a exiliarse a París y a relacionarse allí con Jules Guesde, el más auténtico de los seguidores de la línea marxista de la Primera Internacional y fundador del partido obrero francés. El naciente Partido Socialista Español encontró en él la inspiración y el apoyo necesarios para hacerse fuertes a la hora de dar los primeros pasos tras su disidencia anarquista.

Una vez consolidado y nacido como partido en 1879, dos etapas marcarán su existencia hasta llegar a la Semana Trágica. Una primera que abarca de 1879 a 1890, en la que el voto censitario con su exclusión de «los trabajadores manuales, los soldados en filas y los pobres» le impedía poner en marcha su maquinaria política destinada a derribar al Estado burgués, y una segunda que se inicia con la Ley de Sufragio Universal de 26 de junio de 1890 que para los socialistas comenzó a ser efectiva a partir de las elecciones generales convocadas por Cánovas para el 1 de febrero de 1891.

En esos dieciocho años (1891-1909) asistimos a un meritorio ascenso del número de votantes, pese al caciquismo imperante y a la falsedad gubernamental a la hora del recuento de votos; pero, en todo caso, número siempre insuficiente para superar el umbral que les diese al menos un escaño en el Parlamento.

4.000 en 1891¹⁰

7.000 en 1893

14.000 en 1896

20.000 en 1897

23.000 en 1899

26.000 en 1901

29.000 en 1903

Pero al llegar a esta fecha se inicia un retroceso.

En 1905 bajan de 29.000 a 26.000 y en 1907, las últimas elecciones antes de la Semana Trágica esta pérdida de votos se acentúa. Alcanzan solo los 22.000.

10. MARTÍNEZ CUADRADO, M.: *Elecciones y partidos políticos de España. (1863-1931)*, t. II, p. 317 y ss.

La explicación de este descenso a partir de 1903 la encontramos en las tres fuerzas que minan cada una desde su propio frente su posibilidad de expansión. El anarquismo renacido de Solidaridad Obrera que acabamos de ver, el auge del republicanismo tras la creación la Unión Nacional Republicana de 1903, al que se añade a partir de 1908 el alza del joven partido radical de Lerroux, pasando antes por el efecto del triunfo arrollador de Solidaridad Catalana en 1907. Este socialismo capitidisminuido será el que actuará en los días de la Semana Trágica de 1909.

LOS REPUBLICANOS

Nos queda el tercer grupo, los republicanos. En España alumbrá tímidamente bajo el nombre de Partido Demócrata al socaire de la onda revolucionaria del 48 europeo y por iniciativa de una minoría avanzada dentro del partido liberal, los Rivero, Ordax AVECILLA...

Pero, pronto estos primeros mentores se vieron suplantados por dos figuras señeras en la vida política española de todo el siglo XIX, Emilio Castelar y Francisco Pi y Margall. Ambos coincidían en su empeño por democratizar al envejecido ideario liberal de las Cortes de Cádiz. Pero mientras que Castelar basaba esa democratización en una profundización del liberalismo mismo con la ley del jurado y el sufragio universal como horizonte de lucha, Pi y Margall partía del convencimiento de que «una revolución que no tomase sobre sí la cuestión social no pasaría de ser una tormenta de verano».¹¹

El porvenir político de ambos era de prever. Mientras que Castelar encontraba su público, reducido por naturaleza, entre los alumnos de su cátedra universitaria, o el Ateneo y en los admiradores de su verbo caudaloso en el parlamento, Pi y Margall arrastraba tras de sí al ya maduro movimiento obrero existente en España, de los Fernando Garrido, y Sixto Cámara. Con más razón si al paso que desarrollaba en sus escritos y mítines el capítulo de las reivindicaciones sociales, iba también dejando caer en ellos la semilla de una articulación federal de la sociedad destinada a «desarmar» el aparato del prepotente Estado, causante último de las injusticias sociales; no en vano había bebido él mismo en las fuentes de José Proudhon.

11. TRÍAS DE BEJARANO, J.: *Pi y Margall. Pensamiento Social*, p. 59.

Iniciada la Revolución de 1868, su misma dinámica de revolución abierta, hará escorarse a los seguidores de Pi hacia un extremismo social y federal que provocará un nuevo republicanismo, el moderado y centralista del institucionista Nicolás Salmerón.

Castelar, Pi y Margall y Salmerón, tres líderes, tres versiones republicanas que no supieron pactar a la hora de gestionar la tan esperada hora para los tres de una España republicana en febrero de 1873.

Eso sí, dejaron a su salida, como si fuera un subproducto, una nueva versión del republicanismo, la del de ex monárquico Ruiz Zorrilla y su Partido Democrático Progresista de signo conspirador.

Eran ya cuatro las facciones republicanas que se disputaban el terreno en el campo adverso de la Restauración, intrínsecamente monárquico. Se imponía su unión.

Jugó, es cierto, a favor de ella el fracaso en 1886 de la última conspiración de Ruiz Zorrilla (Villacampa) y con él su retirada de la vida política y dos años después, en 1888, la invitación de Castelar a sus seguidores a unirse al partido de Sagasta.

Solo quedaba en primer plano el binomio Salmerón-Pi, que tras varios intentos se resolvió en la citada creación en 1903 de una Unión Nacional Republicana, ya aludida, que englobaba a federales y centralistas más algunos partidos minúsculos, residuo indispensable de tantos años de fragmentación republicana.

Pero fue una sutura en falso. Por la avanzada edad de Salmerón, unida a su incapacidad de liderazgo y a su decisión inesperada, cuando no contradictoria (se había mostrado anteriormente contrario al catalanismo) de incorporarse, peor aún, de aceptar la presidencia de Solidaritat Catalana. Tal cúmulo de errores, hubo de provocar el natural rechazo de un sector importante de la joven Unión.

Pues bien, sobre esta fisura se lanzará un recién venido (1901) a la política catalana: Alejandro Lerroux. Nada nuevo se puede decir sobre él: demagogo, anticlerical, anticatalán. No tardará en ponerse al frente de los republicanos antisolidarios, hasta provocar su expulsión de la Unión Nacional Republicana en 1907 y quedar con las manos libres para poner en pie en 1908 su propio partido, Republicano Radical.

Aparentemente una última versión dentro de la asendereada historia del republicanismo español, pero en el fondo un partido totalmente nuevo que nada tendrá que ver con la imagen que presentaba el republicanismo de finales de siglo minusvalorado hasta el límite del

ridículo por los Conrad Roure y Álvaro de Albornoz por «ineficaz y anclado en viejos esquemas», republicanismo de 11 de Febrero y casinos.

La nueva formación que lanzaba a la historia Alejandro Lerroux, era un partido sólidamente unido por el magnetismo que emanaba de su mentor y jefe, pero al mismo tiempo dotado de una serie de unidades menores que funcionaban con su capacidad de acción propia. Así, «los jóvenes bárbaros» o «las damas rojas» o «la Asociación Escolar Republicana» dedicada específicamente a la Universidad, o las Fraternidades destinada a tender las redes sobre anarquistas y socialistas o las Casas del Pueblo, con sucursales en los barrios, o la red de periódicos en su doble función de alimentador de su ideología y transmisor de órdenes, el más importante, *El Progreso*, seguido de *La Rebelión*, *Los Descamisados*... Era la «máquina republicana», como la califica en un momento dado J. B. Culla, que estudia detalladamente este aspecto, dispuesta a entrar en acción en el primer momento que la política española y catalana se lo permitiese. Este momento, su bautismo de fuego, ni más ni menos, fue la Semana Trágica.¹²

SU PARTICIPACIÓN EN LA SEMANA TRÁGICA. EL COMITÉ DE HUELGA

Hemos pasado revista a los que reconocemos ya como los tres presuntos actores de la violencia entre el 26 y 30 de julio de 1909. Nos toca ahora pasar de la presunción a la prueba y verificar su participación en ella, así como el modo particular cómo se produjo.

Para ello nos es obligado hacer pie en el motor que la puso en marcha, a saber, el Comité de Huelga que después de un largo proceso quedó constituido en la noche del viernes, 23 de julio. Su finalidad era la de desencadenar una huelga general revolucionaria, léase capaz de ganarle el pulso al Estado, con la guerra de Marruecos como argumento único; huelga general que se iniciaría a partir de las primeras horas del lunes día 26. El Comité estaría formado por tres miembros, un socialista, Antonio Fabra Rivas, un anarquista miembro de Solidaridad Obrera, Miguel Villalobos Moreno y un anarquista, José Rodríguez Romero.¹³

12. CULLA, J.B. : *El republicanismo lerroquista a Catalunya (1901-1923)*, p. 67.

13. ULLMAN, J.C.: ob. cit., p. 174.

De entrada, nos llama la atención ese doblete anarquista que advertimos en la formación del Comité. Tanto a Miguel Villalobos Moreno como a José Rodríguez Romero se les denomina *anarquistas*, pero mientras que del primero se dice expresamente que es miembro de la recién nacida «Solidaridad Obrera» al segundo no se le añade ninguna connotación. Opinamos que ha de haber una intención en tal diferencia. Sin embargo, de los textos que conocemos no podemos deducir una explicación expresa de ese lapsus. Y sugerimos o apostamos, como se quiera, en espera de otra más convincente, por ésta.

En el supuesto de que José Rodríguez Romero, al igual que los otros dos, ha de formar parte de la Comisión no a título individual sino con una función representativa de grupo y que no se le da cabida ni entre los socialistas ni entre los miembros de Solidaridad Obrera cabría deducir que representaba al anarquistas de base, de raíz estructural o ancestral en el sentido ya explicado, el que se había encontrado a sí mismo a través de la predicación de Fanelli, para empezar a ser «oficialmente» anarquista, pero al que no le había alcanzado la onda renovadora de Solidaridad Obrera o por falta de tiempo en el desarrollo de la misma o por que no se sentía atraído por su ideario. Su número había ido creciendo, a partir de aquella importante cifra que ya dimos para el primer congreso de Barcelona de 1870 por simple ley de crecimiento demográfico de la población y singularmente de la población obrera más desfavorecida, siempre prolífica. Eran, además, años suficientes los transcurridos entre 1870 y 1909 para que se hubiese creado en su seno esa tradición familiar transmitida de padres a hijos al estilo de los *Hijos de Sánchez* por evocar el libro clásico de Oscar Lewis.

De este anarquismo vivido y revivido tenemos pruebas claras en actores directos de la Semana Trágica, como aquel Esteban Sala Bonanny, especialmente activo en las barricadas de la calle León y que esgrimía el mérito de haber luchado por la anarquía en tiempos de la Primera República «y estar muy satisfecho con esta nueva revolución»; o aquel otro anarquista del que no se nos da el nombre pero que no olvida cómo su padre había pasado por los procesos de Montjuïc.¹⁴

Una vez tipificados los tres miembros del Comité de Huelga, veamos en qué medida actuaron en los días de la Semana Trágica.

14. ULLMAN, J.C.: ob. cit., p. 471.

LA PARTICIPACIÓN SOCIALISTA

Los socialistas representados por Antonio Fabra Ribas, que siempre va por delante cuando se cita la Comisión y que suele ir acompañado de José Comapasada y Antonio Badía, serán miembros activos en los sucesos de la mañana del lunes, cuando los huelguistas han de habérselas con un obstáculo no previsto: el de los miembros del poderoso sindicato de transportes, que se negaban a secundar la huelga y convierten las calles céntricas de Barcelona en escenario de los primeros actos de violencia, violencia interna si se quiere, entre los mismos obreros, pero ya real y que, sobre todo, acaba por crear una nueva situación, la de que cuando a primeras horas de la tarde quede vencida la resistencia del sindicato de transportes, las calles de Barcelona sigan cubiertas de obreros en huelga; más aún, que su número se incremente con la aportación de los que vienen de su periferia industrial. Son los que hostigan a los policías por haber efectuado detenciones sobre partidarios o contrarios a la huelga de tranvías y después, ya en las primeras horas de la tarde del mismo lunes, los que se enfrentan a los soldados que han salido a las calles tras la promulgación de la ley marcial por el capitán general, Luis Santiago Manescau. Se había creado lo que pudiéramos llamar un estado de ánimo revolucionario, que si no se encauzaba con rapidez desde la Comisión de Huelga se alimentaría con cualquier otro motivo capaz de mantenerlo vivo.

Tal motivo se presentará ya el mismo lunes por la noche cuando arda la escuela de los maristas de Poble Nou. A partir de entonces esos revolucionarios expectantes ya no serán rebeldes sin causa. El incendio de instituciones eclesiales será el hilo conductor de los hechos a lo largo de los cinco días siguientes, protagonizados por unas masas que han olvidado el primer motivo que les llevó a ocupar las calles de Barcelona, la guerra de Marruecos. Dejemos para más adelante quién y cómo se promovió este cambio.

Lo que ahora nos interesa señalar es que fue fundamental para explicar ese giro operado en los huelguistas respecto a los fines que les animaron en un primer momento, es la pugna interna que comenzó a desarrollarse, en el seno de la Comisión, a partir de la tarde del lunes y que se prolongará a lo largo del martes y el miércoles, entre A. Fabra Ribas y Miguel Villalobos Moreno, éste con el apoyo de José Rodríguez Romero. Y es Antonio Fabra Ribas quien sale derrotado. De nada sirven los argumentos que esgrime para impedir que se dote

de armas a los huelguistas, las gestiones que realiza para conseguir que los lerrouxistas primero, los republicanos catalanes después, se comprometan a dar una orientación política a aquella marea proletaria que a todos les desborda, que se oponga firmemente a la quema de conventos, bien que en este punto, señal de la debilidad de que adolece, terminará por transigir.¹⁵ Por este camino la Comisión comienza a entrar en un proceso de disolución. El miércoles –anota Ullman– «el comité de huelga se disuelve en el aire».¹⁶ La consecuencia es que a cuenta de los socialistas la huelga revolucionaria comienza a quedar «adormecida», por usar la palabra que meses después, ya los dos en el destierro de París, utilizará Villalobos Moreno para acusar a Fabra Rivas del su mal resultado y que el primero consiga el objetivo con el que llegó a ella. Porque, «V. Romero –subraya J.C. Ullman–, vio desde el comienzo en la guerra de Marruecos una estratagema para crear artificialmente las condiciones de una revolución».¹⁷

LA PARTICIPACIÓN DE LOS ANARQUISTAS DE SOLIDARIDAD OBRERA

Vengamos a la actuación de los anarquistas de Solidaridad Obrera. Certificamos su presencia a partir del martes en las barricadas que se crean en la calle Sant Pau para impedir el paso de la policía y el ejército. Sant Pau en el plano urbano de la época era la calle más amplia y de mayor prestigio social entre las que unían Las Ramblas y el Paralelo. De ahí su valor estratégico a la hora de controlar un amplio sector de la ciudad, el que unía el centro y la periferia.. Allí instalará sus reales el Miguel Villalobos Moreno de la Comisión de Huelga transformado ahora en «el capitán Moreno». Lleva consigo a un José Ginés Perea, miembro también de Solidaridad Obrera, quien a su vez va acompañado de Natividad Rufo y de un ayudante, Antonio Losada. En torno a ellos se crea una guerrilla urbana que a partir del martes mantendrá un duro enfrentamiento con los efectivos enviados por el capitán general y que sólo en el atardecer del jueves abandonará la calzada para refugiarse en las azoteas y pisos altos de la calle desde donde seguirán hostigando a militares, policía y Guardia Civil.

15. ULLMAN, J.C.: ob. cit., p. 452.

16. ULLMAN, J.C.: ob. cit., p. 534

17. ULLMAN, J.C.: ob. cit., p. 381.

Iniciativa también de Miguel V. Moreno y los suyos fue el que ha sido calificado como el conflicto más espectacular de la Semana Trágica: el asalto llevado a cabo en la mañana del miércoles sobre el Cuartel de los Veteranos de la calle Sadurny con el fin de dotar de munición a los huelguistas. A la vanguardia de los solidarios se unieron efectivos radicales (esta vez van de segundos) y una numerosa rectaguardia de anarquistas. Fueron necesarios dos asaltos. Pero al fin se cumplió el objetivo que se había marcado Miguel V. Moreno en el seno de la comisión y en contra del criterio de Fabra Ribas: armar a los obreros. A partir de aquí, aquel heterogeneo colectivo de huelguistas que en los primeros momentos fue objeto de burlas por parte de los militares del cuartel al ver que no sabían como se manejaba un fusil Remington, mantuvo durante todo el día duros combates, «los más persistentes que se mantuvieron durante la semana», primero contra la Guardia Civil enviada por el capitán general y ya al atardecer contra una unidad especializada dotada de dos cañones de artillería, al mando del general Mora.¹⁸

LA PARTICIPACIÓN DE LOS ANARQUISTAS DE BASE

A la hora de determinar su actuación advertimos de entrada que un rasgo que les caracteriza es el de entrar en escena en forma de grupos cerrados que siguen a un determinado líder y cumplen el fin determinado por éste. Son mano de obra revolucionaria. Es el caso de los que cerraban la marcha contra el cuartel de los Veteranos de la Libertad al que acabamos de aludir, de los que se nos dice que son «centenares de obreros desarraigados». De forma parecida se nos muestran, aunque su número sea menor, los veinte hombres que al grito de «¡Viva la Anarquía!» siguen al incendiario anónimo de San Pedro de las Puellas o los cincuenta muchachos que van detrás de los dos líderes de las Juventudes Radicales, los hermanos José y Rafael Ulled, en el intento frustrado de incendiar la residencia de los jesuitas de Caspe; o el centenar de mujeres que recluta Juana Ardfaca, aquella radical de conveniencia, pero anarquista de convicción que en su momento reseñamos y que actuó en el doble frente de la quema de conventos y

18. ULLMAN, J.C.: ob. cit., pp. 509-511.

de los combates en las calles. Asimismo deducimos que si no todos, habían de componer una parte importante de los tres mil manifestantes ya aludidos, que en la tarde del martes y con los citados Enrique Pujol y Ramón Homedes aguardan impacientes al grito de «¡Viva la Anarquía!» que se cumpla su deseo de dar un giro revolucionario a la huelga.

Eran ellos, los «Illusos» como les llama Gaziol, los que identificaban la revolución con le Grand Soir de George Sorel, el gran atardecer cuando los últimos rayos del sol del día mil veces esperado asistirían al espectáculo de un Estado en ruinas y el inicio de la nueva era de libertad e igualdad. Testimonio significativo de lo que acabamos de decir es aquel incendiario del convento de capuchinas de Sant Gervasi que en la noche del martes ante el intento de una monja de salvar una escultura especialmente estimada en el convento la replican: «No pot ser. Hem de destruir. *Ha arribat la nostra*». (el subrayado es nuestro).¹⁹ Anarquistas elementales con fronteras difíciles de delimitar entre el anarquismo y la marginación social. Al llegar aquí la misma Joan Conally Ullman no teme expresarse con claridad: «revolucionarios impenitentes que se sitúan en la frontera de la delincuencia». Con sus nombres propios: Josefa Prieto, *la Bilbaína*, dueña de uno de los burdeles más afamados del Paralelo que en la mañana del miércoles se convirtió en la instructora en el manejo de armas de Poble Sec; o Antonio Malet, al que se le describe como desertor del ejército que trabajaba de mozo en una granja y que intervino en el incendio de la iglesia parroquial de Sant Adrià del Besós y que al llegar la hora del proceso no tuvo inconveniente en firmar la sentencia de su condena y considerarse orgulloso de toda su actuación; o Ramón Clemente, que protagonizó la danza obscena con un cadáver sacado de las tumbas de un convento; o, para no prolongar más la relación, aquel Leopoldo Bonafulla que cuando le pida el juez explicación de su acción revolucionaria, responderá: «Los aliados de una revolución ni se preparan ni se escogen»; como si dijera: somos plantas naturales a las que cualquier atisbo de revolución nos hace rebrotar.²⁰

Hemos señalado, incluso acentuado, el carácter gregario del comportamiento de los anarquistas de base en la Semana Trágica. Pero hay un último capítulo de la misma, en el que podemos decir que

19. ULLMAN, J.C.: ob. cit., p. 497.

20. ULLMAN, J.C.: ob. cit., p. 440.

actúan por iniciativa propia. Para entenderlo puede ser útil dar antes un pequeño rodeo.

La Semana Trágica, la del lugar común y si queremos la de una cierta influencia mediática, acostumbra a ser presentada como un todo unitario.²¹ Pero a poco que se entre en ella se advierte que exige ser parcelada en espacios propios. Tenemos un lunes que amanece esperanzado, se malogra con el inesperado conflicto interno de los mismos obreros, da un giro al mediodía con las decisiones a nivel de los mandos civil y militar que generan a una tarde de desconcierto que se cierra al llegar la noche con el pistoletazo de salida anticlerical del incendio del colegio marista de Pueblo Nuevo. Por otra parte, un martes y un miércoles, sobre todo el martes, que constituyen los días propiamente tales de la Semana Trágsica. Más del 90 % de los incendios de edificios religiosos tuvo lugar en esas cuarenta y ocho horas. Finalmente, a partir del jueves se produce un cambio a favor de una pacificación que se acentuará el viernes y sobre todo el sábado –funcionan los bancos, se abren paso los tranvías...– que nos permite completar la Semana oficial que ha pasado a la historia.

Diversos factores y de distinta índole coinciden en dar unidad a ese declive revolucionario propio de los últimos días de la semana: el inicio del exilio hacia Francia de los responsables más directos de la huelga (es ahora cuando Fabra Ribas se traslada a París), el propio cansancio de los huelguistas solo improvisadamente convertidos en iconoclastas, la llegada de refuerzos que vienen incluso de ciudades lejos de Barcelona en ayuda de las autoridades de la ciudad, la voluntad por parte de los radicales, de cuya participación nos vamos ocupar enseguida, de iniciar su retirada. «Nosotros –testifica Juan Colominas, el mismo al que pronto vamos a ver en los prolegómenos de la cadena de incendios–, terminamos en la tarde del miércoles. Ahora son otros los que continúan».²²

21. En historia es frecuente el uso de bloques de acontecimientos a los que presentamos, con vistas sobre todo al gran público, resumidos en unidades cronológicas mayores, sin que en una primera instancia nos detengamos en verificar la perfecta adecuación entre su contenido y ese rótulo numérico con que se presentan. Prima la sugestión de la frase hecha: «Los mal llamados diez años», «El Imperio de los cien días», «Diez días que conmovieron al mundo» (John Reed), «Tres días de julio» (Luis Romero)...

22. ULLMAN, J. C.: ob. cit., p. 535.

Tenía razón. Serían otros los que iban a continuar. Y estos otros fueron grupos dispersos de extremistas radicales que no se atuvieron a la consigna de su aparato de parar la revuelta sino que quisieron prolongarla hasta llegar a «una revolución total» y junto a ellos los que hemos tipificado como anarquistas, solo anarquistas. Éstos se encontraron ante el hecho de que eran los barrios extremos y pobres de la ciudad los que constituían su hábitat natural (Pueblo Nuevo, Atarazanas...el «suburbio industrial de El Clot») «con sus calles estrechas, mal alineadas y resbaladizas», poco accesibles por tanto a la policía montada de guardias civiles y ejército. Este espacio urbano en el que se habían hecho menos presentes las fuerzas del orden era un terreno todavía apto para la revuelta.²³ En ellas van a actuar por su propia cuenta los dos grupos citados.

Aportaban la inercia revolucionaria acumulada en los días anteriores y mantuvieron en jaque a partir del jueves a las unidades del ejército mandadas por el General Brandeis. Su organización era prácticamente nula y los medios con que podían contar, muy escasos. De ahí que se acogieran a la táctica de los francotiradores, al disparo perdido desde los balcones y azoteas que cuando faltaban los fusiles o la munición se suplía con el lanzamiento de tuestos o cualquier trasto viejo que tuvieran a su alcance.

Eran «los tíos pacos», como se les denominó, que llegaron a preocupar al resto de la ciudad, sobre todo cuando extendieron su acción más allá de los barrios marginales.²⁴

Pero no todo quedó en esa estrategia de hostigamiento francotirador. Esporádicamente también llegaron a incendiar algunas iglesias y conventos. Ardieron en el barrio de San Andrés, entre el jueves y el viernes, su iglesia parroquial, la escuela de Jesús y María «para obreras pobres» junto con la casa provincial de los Hijos de la Sagrada Familia. Y todavía en la mañana del sábado se produjo el incendio de la iglesia parroquial de Santa Madrona en Pueblo Seco.²⁵

23. ULLMAN, J. C.: ob. cit., p. 544.

24. Recordemos lo que decíamos unas páginas más arriba de aquel comando de Miguel V. Moreno, que a partir del jueves abandonó la calzada de la calle Sant Pau para refugiarse en los pisos altos y azoteas de las casas y desde allí hostigar a los militares que les habían forzado a abandonarla.

25. ULLMAN, J. C.: ob. cit., pp. 546, 555 y 557.

LOS REPUBLICANOS RADICALES

Pero al llegar aquí hemos de retroceder al punto de partida de la Semana Trágica, a aquel Comité de Huelga, cuyos pasos fuimos siguiendo hasta su práctica disolución en la tarde del miércoles. Llama la atención en él la ausencia de los republicanos radicales. Precisamente ellos que se habían distinguido a partir del 11 de julio por su participación en las manifestaciones contra la guerra de Marruecos. Sin embargo, en el último momento se negaron a formar parte de él. Es cierto que les faltaba su jefe, Lerroux, ausente de España, desterrado por determinados delitos de prensa, y que su lugarteniente en Barcelona, Emiliano Iglesias, a su condición de cobarde que él mismo reconocerá, unía su preocupación creciente a medida que pasan los días por limitar la responsabilidad del partido a la hora de rendir cuentas.

Sin embargo, esta ausencia de su plana mayor en el Comité de Huelga no les impidió intervenir en la Semana Trágica. Al contrario, lo hicieron y sobradamente. Porque a su propia acción unieron la de la orientación general de la acción revolucionaria hacia los bienes de la Iglesia.

Para entender lo que acabamos de decir, es preciso tener en cuenta los siguientes puntos:

1. Que a falta de los jefes mayores contaban con miembros destacados del partido de «segunda fila» –ésta o parecida expresión es la que se utiliza cuando se les presenta al entrar en acción– por eso mismo más directamente conectados con la militancia del partido y más libres de rendir cuentas de sus actos ante una autoridad superior.

2. Que entraban en escena acompañados de un aura de superioridad. Los republicanos de Lerroux eran los que contaban con un mayor respaldo en la representación política barcelonesa. Frente a la escasa implantación y declive porcentual de los socialistas a partir de 1905 que ya conocemos, y los 10/15. 000 adscritos a Solidaridad obrera que se nos da para 1908, ellos podían exhibir los 34.000 votos obtenidos en las elecciones municipales de ese año. Quienes venían después les seguían de lejos (la Lliga Regionalista con sus 22.000 votantes).²⁶

26. POMÉS, J.: *El republicanismo lerrouxista y su responsabilidad en los acontecimientos*, p. 140.

3. Que frente al perfil eminentemente proletario de socialistas y anarquistas, constituirían un colectivo interclase en el que junto a los obreros se encontraban numerosos miembros de una clase media profesional —«los abogados dominaban la jerarquía del partido radical», se nos dice en un determinado momento. No eran también raros los que contaban con recursos propios. Recordemos aquel que dio la orden de ataque contra los Escolapios de San Antonio, del que se nos apunta que era «hijo de una familia rica». Este doble nivel superior, profesional y económico, contribuía a otorgarles una autoridad a la hora de que sus decisiones fuesen seguidas por la mayoría inculta y pobre.

4. En cuarto lugar, es preciso recordar lo que expusimos al hacer su presentación: aquella solidez de su aparato organizativo, estructurado bajo un mando único y un ideario común, sugestivo por demagógico pero a su vez fraccionado en una variedad de unidades dotadas de personalidad y dinamismo propios: Jóvenes Bárbaros, Damas Rojas, Casas del Pueblo, Red de periódicos... Todas ellas intensificaron su actividad a partir del momento en el que la oposición de amplios sectores de la sociedad a la guerra de Marruecos y el horizonte de una huelga general les daba la oportunidad de protagonizar el cambio político que condujera a su fin último, implantar en España una república.

Teniendo presentes estos cuatro presupuestos no nos puede extrañar que fueran ellos los destinados a cubrir el vacío que se había creado en centenares de revolucionarios perdidos por las calles de Barcelona, a partir de la tarde del lunes y en espera de entrar en acción. Y lo hicieron haciendo valer uno de los puntos básicos de su ideario, el anticlericalismo. Es cierto que, como se ha hecho notar, no fueron ellos quienes lo inventaron en aquellos años de comienzos de siglo, los años de *Electra*, y el matrimonio del conde de Caserta. Pero también lo es que patrimonio suyo propio fue:

a) la campaña periodística anticlerical abierta por el mismo Lerroux con su artículo «Rebeldes, rebeldes» (1 de setiembre de 1906) y que se consumaría con el artículo «Remember» de E. Iglesias aparecido el mismo domingo 25 de julio en el que se evocaba con clara intención de invitar a revivirlas las jornadas de violencia anticlerical de 1835;

b) el mensaje que poco antes había lanzado en Pueblo Nuevo,

Luis Colominas, editor del periódico *La Rebelión*, de que el gran enemigo de la escuela racional y moderna era la impartida por las numerosas escuelas religiosas esparcidas por la ciudad de Barcelona «Es necesario –afirmaba– eliminar a los rivales de la escuela racionalista». ²⁷ Lo que dicho precisamente en ese barrio barcelonés donde la escuela de los Hermanos Maristas gozaba de especial prestigio significaba señalar con el dedo a la víctima.

Esta muerte anunciada terminó por cumplirse a las 11.30 de la noche del lunes 26 de julio. Y a partir de esta fecha y hora, vemos cómo se multiplican los nombres de radicales «de segunda fila» a los que los textos nos presentan como autores directos de la agresión a instituciones eclesiásticas.

Así, los hermanos Ulled, José y Rafael, a los que vemos dirigiendo en la tarde del martes el incendio del convento de la Magdalena en el distrito de la Audiencia; o Rafael Climent, que se nos presenta llegando al Camp del Arpa montado en un automóvil para dirigir el incendio del convento de los mínimos; o Lorenzo Ardid, que intenta sin éxito incendiar el seminario diocesano; o Antonio Comallonge, «hombre de alguna notoriedad en el partido radical», que dirige el incendio de las escuelas de las Esclavas del Sagrado Corazón en la calle Girona; o Baldomero Bonet, exconcejal del Ayuntamiento por el partido radical, que entrada la noche del martes se dispone a prender fuego al «elegante» colegio de la Inmaculada Concepción en el Ensanche; o Luis Alférez, a quien vemos al frente del incendio de las monjas capuchinas de Sant Gervasi; o José Llansá, que se ocupa de eliminar del censo educativo de Barcelona a un enemigo más de la escuela racional, el colegio de los Hermanos de la Salle. ²⁸ Y el listado podía seguir.

Esta presencia reiterada de miembros representativos del partido radical en la cadena de incendios contra edificios eclesiásticos, en primer lugar no la encontramos en los miembros de las otras formaciones políticas, a saber, socialistas, anarquistas y republicanos de formaciones previas a la creación del partido radical, lo que hace a los radicales sospechosos de ser los animadores de esa ola incendiaria a la que comprendemos bien se engancharon numerosos miembros de esas otras dos formaciones, por el síndrome de sumisión que hemos notado más arriba, más sencillamente por el contagio ambien-

27. ULLMAN, J.C.: ob. cit., p. 434.

28. ULLMAN, J.C.: ob.cit., pp. 465, 497. 592.

tal que había generado la furia anticlerical desatada en la ciudad a partir de la noche del 26 de julio. En este sentido no nos extraña aquello que se nos dice de Perera y Rufo, los dos miembros del «Comando Moreno» a los que ya conocemos, quienes al llegar la noche del martes, después de haber pasado el día en las barricadas de la calle Sant Pau, «se fueron a quemar conventos». Era lo que se llevaba.

En segundo lugar, llegaríamos a afirmar, y es el paso siguiente que vamos a dar, que no se podía haber dado tal iniciativa de violencia anticlerical en ellos, republicanos, socialistas y anarquistas, porque de alguna manera supondría contradecirse históricamente a sí mismos. Basta para ello un breve repaso a su pasado.

Comencemos por los últimos citados, los republicanos, a los que vimos nacer en 1848. De ellos sabemos que cuando entraron en acción al llegar la Revolución del 68, se opusieron claramente a la institución eclesiástica, pero orientando tal oposición fundamentalmente «hacia las estructuras que habían apuntalado el sistema político vigente». Los hechos violentos –precisa A. Moliner– parece que fueron aislados. Cita un caso de un claretiano y un caso no tiene valor como norma de proceder.²⁹ Pasando por alto con un «no hay lugar a deliberar» el republicanismo moderado de Emilio Castelar, del que baste recordar que se le ha llegado a catalogar como precursor de la Democracia Cristiana, nos encontraríamos con las frases respetuosas que Ruiz Zorrilla dedica al clero y sus bienes.³⁰

Seguidamente debemos exculpar a los socialistas. Aquí tenemos de entrada la ventaja de que, como es bien sabido, el pensamiento de Pablo Iglesias, «la voz de la verdad» que llegó a decir de él Gregorio Marañón, era plenamente el pensamiento del partido. Y los textos con que contamos de él se mueven siempre en el rechazo frío y seco a la institución eclesiástica, eso sí, con las aplicaciones bien concretas de la eliminación del presupuesto de culto y clero, la supresión del juramento en toda clase de actos y en términos positivos la creación de escuelas laicas como alternativa a las escuelas confesionales; y nada más. Pero para sacudir cualquier ambigüedad, «sin necesidad

29. MOLINER, A.: *Anticlericalismo y Revolución liberal*, p. 105.

30. LLORCA, C.: *Emilio Castelar. Precursor de la Democracia Cristiana*, Madrid, 1966, y reeditado en 1999 con la calificación de la mejor biografía sobre el tribuno alicantino; y SUÁREZ, M.: *Anticlericalismo, religión y política durante la Restauración*, pp. 169-170.

–añade– de arrastrar a los frailes y de quemar sus conventos». Pero si quisiéramos, a mayor abundamiento, salir del círculo cerrado del pensamiento del fundador, nos encontramos con aquel V Congreso del Partido celebrado en Madrid, en setiembre de 1889, en el que se presentó una moción que pretendía excluir de la formación a quienes «apoyasen» la religión católica. La propuesta se resolvió con un distante «no ha lugar a deliberar».³¹

Pero tampoco pensamos que los anarquistas, solidarios o independientes, venían preparados para tomar la iniciativa de emprender esa quema de conventos, escuelas y templos que constituyó el eje revolucionario de la Semana Trágica. Ni siquiera en el momento en que fueron dueños, en el verano de 1873, de las calles e incluso del gobierno de numerosos pueblos del levante y sur peninsular hicieron de la violencia anticlerical argumento de su acción revolucionaria. Son esclarecedoras en este sentido las páginas que Clara Lida dedica a lavar el honor anarquista que una prensa intencionada quiso manchar en los sucesos ocurridos durante la insurgencia cantonal en Alcoy, «El mito de Alcoy» como ella lo llama.³² Pero es que tenemos testimonios incluso contrarios de esta etapa especialmente significativa del anarquismo histórico español. Así, en Murcia, donde de acuerdo con el periódico *El cantón murciano* el tándem federal-anarquista alardeaba de que los eclesiásticos tenían plena libertad de movimientos».³³

Una década después, no fueron los curas de aldea o los obispos el objetivo de los atentados «ad personam» del anarquismo andaluz de los años ochenta sino los terratenientes y sus administradores, las autoridades locales y caciques, como tampoco lo fueron los del apéndice barcelonés de los años noventa, sino la elite financiera, la alta burguesía del Liceo, las autoridades militares (los fieles que cerraban la procesión del Corpus de Cambios Nuevos en 1896 fueron víctimas, como es sabido, de un error).

31. GÓMEZ LLORENTE, L.: *Aproximación a la historia del socialismo español* (hasta 1921), p. 169.

32. LIDA, C. L.: ob. cit., pp. 216-222.

33. SUÁREZ, M.: ob. cit., p. 119.

ANARQUISTAS, SOCIALISTAS Y REPUBLICANOS DESPUÉS
DE LA SEMANA TRÁGICA

Entramos en el tercer período tal como lo marca el título de la ponencia. ¿Qué consecuencias trajo para anarquistas, socialistas, republicanos, una vez concluida, la Semana Trágica?

En términos generales, dispersión: unos dos mil huyeron a Francia. Confusión en el reparto de responsabilidades por la forma como se llevaron los juicios y la negativa generalizada de los afectados de actuar de acusadores...

Pero hay un rasgo común a los tres que nos llama la atención: su voluntad de crear una política de uniones mutuas.

Los primeros que dan el paso son los socialistas. Era de prever. Eran demasiados los amagos que habían hecho a lo largo de sus treinta años de historia para romper su prejuicio de unirse a los republicanos.³⁴ Ahora ponen fin a esa mala conciencia filorrepublicana y dan el paso a una unión por la estrecha vía, es cierto, de un pacto electoral y con una finalidad a corto plazo, «*Politique d'abord*», en el argot de la politología. «La conjunción republicano socialista, nos dice Juan José Morato, tenía sólo una finalidad inmediata. Su objetivo era echar del poder al Sr. Maura y al Sr. La Cierva».³⁵

El resultado electoral fue claramente favorable a la coalición y por fin un socialista, aunque notémoslo solo él, su secretario general, Pablo Iglesias, con el aval de 40.000 votos, obtuvo por fin el tan deseado escaño en el Parlamento español. Pero a medio plazo fue un pacto inestable, inevitablemente roído por las críticas internas. Mientras que desde las filas republicanas (su portavoz fue Sol y Ortega) les parecía excesivo el peso que tenía en la coalición el partido socialista y en concreto el protagonismo que pronto alcanzó Pablo Iglesias en los debates parlamentarios, se alzaban voces de socialistas históricos que no se hacía suficiente política de clase. Ya a fines de 1910 se rompió «el hilo finísimo que les unía a los lerrouxistas». En 1913 se separaron de él los reformistas de Melquíades Álvarez, cada vez más proclives a admitir en su programa la posibilidad de una monarquía. Siguiendo por esta pendiente, ya en los congresos que celebra el partido en 1915 y 1918, se plantea si seguir o no con la coalición. Por el

34. MARTÍNEZ CUADRADO, M.: ob. cit., p. 691, nota 9.

35. MORATO, J.J.: *Pablo Iglesias educador de muchedumbres*, p. 189.

momento, la opinión de Iglesias, inclina la votación hacia el sí. En las elecciones de 1920 quedaba rota la coalición.

Segunda unión la que se produce cuatro años después entre los republicanos radicales de Lerroux y aquellos miembros del Centre Nacional Republicà de 1904 que tras recoger a su paso algunos grupúsculos menores, descontentos ellos también del conservadurismo tanto social como nacionalista de la Lliga, habían creado en 1910 la Unión Federal Nacional Republicana (UFNR). Un partido de textura frágil por su falta de liderazgo –Pere Corominas y Jaume Carner no habían nacido para esta misión– y la indecisión de su contenido, a la vez catalanista, republicano y social y sin que ninguna de las tres corrientes ideológicas adquiriera rango definitorio.

A la altura de 1911 los escasos resultados obtenidos en las elecciones provinciales de 1911 les dejaba especialmente indefensos ante las generales de marzo de 1914. Es entonces cuando hacen uso de su veta republicana y buscan apoyo en el partido radical, aparentemente más fuerte. Solo aparentemente, porque ante el anarquismo en pleno auge tras la creación de la CNT y el socialismo, fortalecido con el reciente pacto republicano, el lerrouxismo se veía cada vez más desasistido del voto obrero.

Los radicales, que en un primer momento se mostraron remisos ante la oferta de la UFNR, terminaron por ceder y de ellos nació la escenificación del acuerdo. La anécdota se hace indispensable. El pacto se firmó el 8 de marzo en la calle Alfonso XII, distrito de Sant Gervasi, de ahí su nombre, «Pacte ed Sant Gervasi», residencia de Hermenegildo Giner de los Ríos, figura de prestigio –hermano de Giner, profesor y autor de obras de pensamiento– más que militante batallador dentro del republicanismo catalán. Se acordó un programa de mínimos para facilitar el consenso: la monarquía causante de todos los males, fin de la guerra de Marruecos. En los temas de catalanismo y política social ambas partes cedían: la UFNR en el primero, los radicales en el segundo.

En sí, visto desde la finalidad con que se creó resultó un fracaso. Los radicales sólo consiguieron cuatro diputados (Lerroux propiamente se quedó sin acta) y la UFNR, dos: Pere Corominas y Jaume Carner. Al llegar las siguientes elecciones, las de abril de 1916, ya no se presentó la coalición como tal.³⁶

36. FERRER, J.: *Layret*, pp. 72-75.

Pero, en cambio, tuvo un efecto altamente positivo. Clarificó el mapa político de la izquierda catalana. De su descomposición pudo nacer un catalanismo de izquierdas obrerista y republicano. Sería obrerista a las órdenes del pronto malogrado Francesc Layret y su Bloc Republica Catalanista. Sería republicano sin tener que mirar al Partido Radical como referente, con el Partit Republicà Català, en el que intervienen personajes nuevos como Marcel·lí Domingo y Francesc Companys, y que subsistiría hasta la fundación de Esquerra Republicana en 1931.

A la unión entre socialistas y anarquistas también les llegó su hora. Fue con ocasión de la huelga de agosto 1917. La iniciativa parte de la UGT, que se encuentra en un momento de auge. Se trataba de la readmisión de unos ferroviarios de Valencia y de la Compañía del Norte excluidos del perdón gubernamental tras su respectiva huelga. Pablo Iglesias recomienda pactar. Pero la UGT termina siendo arrastrada por sus bases y el 13 de agosto se inicia la huelga revolucionaria.

A ella dan su asentimiento los anarquistas, no sin procurar mantener unas distancias, dado el carácter político la interferencia en la convocatoria de la huelga de la Asamblea de Parlamentarios ocurrida solo un mes antes. Gómez Casas escribe sobriamente: «En agosto de 1917 pactaron ambas centrales para ir a la huelga política provocada por la Asamblea de Parlamentarios. Pacto circunstancial, inteligencia efímera, alianza transitoria».³⁷

La huelga que unía a socialistas y anarquistas con sus respectivas bases como punto de apoyo constituyó un éxito. Se prolongó durante tres días, en los que abundaron los actos violentos que forzaron al Gobierno a tomar la impopular medida de sacar el ejército a la calle. Pero la alianza no perduró. A partir de agosto, PSOE-UGT y CNT siguieron su propio camino, en ambos casos ascendente. En las elecciones de 1918 el PSOE consiguió ocho diputados, presencia que con oscilaciones mantendría hasta 1923. Por su parte, la CNT es a partir de ahora cuando entre en la dinámica de sus grandes congresos –Sants en 1918, La Comedia de Madrid en 1919–, si bien no deja de ser significativo el hecho de que cuando en este último congreso la delegación asturiana solicite una negociación con la UGT, el pleno

37. GÓMEZ CASAS, J.: ob. cit., p. 103.

del congreso la rechace. Indudablemente, la unión de 1917 no tenía base firme.

* * *

Reseñados así en su conjunto esta serie de intentos de unión podían manifestar un presentimiento unido a una voluntad de que esta unidad pudiese un día cuajar plenamente y juntos poder dirigir los destinos del país. ¿Cuándo podría ser?

Al querer responder a esta pregunta no podemos menos de advertir que el *leit motiv* de esta ponencia ha sido seguir la historia a la vez particular y con evidentes semejanzas y relaciones mutuas de tres importantes movimientos sociales de la historia de España, más concretamente del período comprendido entre 1868 y 1923: anarquistas, socialistas y republicanos, con la Semana Trágica como punto de inflexión y de referencia. De ahí la obligada compartimentación del material en un *antes*, un *en* y un *después* de los sucesos ocurridos entre el 26 y el 31 de julio de 1909. Y este *después* ha encontrado en nuestra exposición su límite en 1923.

Ahora bien, en historia cuesta atenerse a los hitos-barrera. Valen más los hitos que abren un nuevo horizonte. Este paso adelante lo lograríamos haciendo uso de una operación puente que ya hemos practicado en otras ocasiones, la de salvar los siete años de Dictadura y anudar el último gobierno de García Prieto de 7 de diciembre de 1922 con el gobierno provisional de la II República en la tarde del 14 de abril de 1931, cuando España vuelve a su normalidad democrática y los tres movimientos citados –Anarquismo, Socialismo, Republicanismo– recuperan su andadura perdida o extraviada.

Y en tal caso puede seguir vigente la pregunta de si a lo largo de esos cinco años lograron alguna vez esa unidad presentida o querida. Y la respuesta, basta con que hagamos pasar por nuestra memoria la cinta de las diferentes fases y datos significativos de la II República, es negativa. Salvo una excepción: los breves meses que discurren entre las elecciones de febrero de 1936 y el levantamiento militar del 18 de Julio del mismo año. Pero con la contrapartida de que, por encima de cualquier interpretación ideológica que pretendamos hacer de esos cinco meses, siempre constituirán un capítulo incompleto, no acabado, de nuestra historia. En tal caso quedaría la Semana Trágica como testigo en solitario de una acción convergente de los tres movimientos sociales objeto de esta ponencia.